

MUERTE DE UN POPIS

Roberto Guzmán Q. / Escuela de Derecho. Universidad Iberoamericana

Era un *popis*, pero no lo sabía.

Tenía un *Mustang* dotado de ingeniosos aditamentos. Su nombre lo registraba un centro de estudios superiores donde convergía lo *mejorcito* de la sociedad capitalina. Hablaba inglés y bien podía sobrellevar una conversación en francés; su apariencia física desbordaba salud, tal parecía que jamás había perdido una comida y éstas habían sido exquisitas, reflejándose quién-sabe-cómo en la pasta de su contextura. Su ropa era de *vanguardia*, atento siempre a las revistas de modas masculinas editadas en París, *gritaba* con su guardarropa estar siempre al día en este importantísimo renglón, dentro de la escala de sus valores.

Vacacionaba en Acapulco con señorío. A veces iba en busca de lo original y volaba hasta Puerto Vallarta para romper la monotonía de sus viajes a la porción de México menos mexicana, y también por buscar lugares menos *choteados*. Al comparar ambos centros de recreo con los que había conocido en Europa, no dejaba de menospreciarlos por carecer del suficiente *arranque*. De todos modos siempre la pasaba *de fábula*, según su propia expresión.

Estaba solo, pero no lo sabía.

Buscaba constantemente encontrarse rodeado de personas aunque éstas le parecieran sin *aliento*; acompañado era como se sentía en su *elemento*. Huía de la soledad en cuanto ésta lo amenazaba, quizá porque en esa circunstancia se veía obligado a pensar en sí mismo.

Acudía a las fiestas *popoff* donde era la delicia de sus acompañantes bailando los ritmos de moda con verdadera gracia. Su entrada al círculo de los *apretados* había sido automática porque poseía los requisitos *de cajón*: un apellido, buena posición económica, residencia en el rumbo más exclusivo de la ciudad y autos-a-Dios-dar. Además él era fiel reflejo de su ambiente pues poseía la prestancia necesaria para estar siempre en primera fila, siendo su conversación animada, aunque a veces abusaba de sus *cuates* pormenorizando sus experiencias, ostentándose como el más osado y *aguantador* entre ellos, logrando su objetivo: la risotada complaciente y el *apan-talle* de los iniciados.

Sus amigas-maniquíes opinaban que era *monísimo*, les parecía encantadoramente cínico y le perdonaban bondadosamente; pero al hablar sobre moralidad, adoptaba un gesto de adustez reprochando las frivolidades del medio social, haciendo afirmar la convicción de que era un verdadero *cro-mo*.

dibujo de Víctor Romero



Aprovechaba la ingenuidad de las jovencitas *bien* para endilgarles expresiones fuertes, como *perra sensualidad* para referirse a las debilidades humanas y de paso presumir haber leído a Nietzsche, creando la sensación deliberada de que él estaba al margen, cuando en realidad era copropietario de una *cabaña-secreto-de-Estado*.

Estaba hastiado, pero no lo sabía.

Acudía a los oficios religiosos dominicales con su *gorda*, acto que ella calificaba como *sublime*, al compararlo con los demás miembros del *clan*, indiferentes a ese tipo de prácticas. Durante el oficio sentía algo molesto en la conciencia por lo ocurrido la noche anterior, pero al salir e irse a comer a un lugar que acepta tarjeta de crédito, se olvidaba de su incomodidad interior, mostrándose candorosamente optimista ante la dueña-de-sus-quincenas. Frecuentemente se preguntaba quién era esa muchacha y si ella lo conocía y quería.

Se estaba envileciendo, pero no lo sabía.

Pasaba el fin de semana en Cuernavaca o Taxco, donde su familia tenía fincas. No pocas veces y sin mucho sigilo invitaba a extranjeras-dispuestas-a-todo mostrándoles las delicias que rodean a un joven burgués mexicano, concluyendo la excursión como era de esperarse. Su comportamiento amable ante ellas se trocaba en un sutil desprecio después, sin comprender el alcance real de la diferencia de educación y costumbres. Pero una vez le *fallaron* unas rubias. No recordaba qué había pasado exactamente en aquella ocasión, se encontraba muy *johnny-walkerizado*; no recordaba si había forzado a la hija de la sirvienta que cuidaba la finca. Los *ñeris* no le ayudaron a reconstruir lo que imaginaba porque se encontraban *out*, pero de ser lo que pensaba, ¿cómo se iba a ir en *blanco* ante el peligro de sentirse *frustra*?, pero de ser así, ¿qué le importaba al fin?

Era inculto, pero no lo sabía.

Estuvo en varias funciones en el Palacio de Bellas Artes. Le pareció *fantástica* la actuación de Rostropovich a quien imaginaba riquísimo; manifestaba la emoción estética que le produciría oír el sexto concierto para piano de Beethoven, situando el periodo *azul* de Picasso en 1935-1937 y hablaba vehementemente de la necesidad de una revolución cultural en América Latina.

Era falso, pero no lo sabía.

Externaba una viva preocupación por los problemas sociales del país y apuntaba algunas soluciones para mejorar el medio social, económico y cultural de los campesinos, obreros y empleados; pero omitía decir la situación de los peones que trabajaban en el rancho ganadero de su papá, y cuando se tocaba el tema de lo justo que resultaba el salario mínimo legal, sentía un imperceptible embarazo.

Era huérfano, pero no lo sabía.

Estudiaba con tesón cuando se aproximaban los exámenes finales, dejando sus *jolgorios* por un lado, excusándose solemnemente cuando lo invitaban. Además de ir a clases trabajaba con su tío industrial; necesitaba de actividades que le dieran *caché* ante todos, especialmente ante las amistades de su familia apareciendo como un esforzado. Su madre lo adoraba y complacía en todo, prodigándose en mimos cuando ocasionalmente el ambiente era propicio para expresar su maternidad.

El padre estaba satisfecho. Estimulaba sus progresos prometiendo a cambio de ellos generosos regalos; estaba conforme en que su chico fuera un *fresa*, considerando que todos los jóvenes deben divertirse un poco antes

de entrar de lleno al árido mundo de los negocios. Mientras sus *escapadas* y *relaxes* no trascendieran en un escándalo social, todo estaba O.K.

Estaba por morir, y lo sabía.

Regresaba de Tequesquitengo donde había pasado dos días disfrutando de la vida, pero cometió el error de jugar con ella. Siempre, que estuvo tras un volante desde temprana edad, había sentido un extraño placer ante la velocidad (cuando era detenido por un agente, cómo le divertía la reacción del *mordelón* al ver sus credenciales que lo relacionaban con fulano-de-tal). El accidente había sido terrible, pero: ¿cómo iba a permitir que lo rebasara un Chevrolet *carcacha*?, ¿acaso no conducía un *sport* que le prestara su mejor *cuais*? Sobrevino la volcadura.

Conmoción en la *élite* . . . en su cerebro. Cuando abrió los ojos ignoraba si habían transcurrido horas, días o semanas desde que perdiera el conocimiento. Tuvo el tiempo suficiente para reflexionar sobre su vida antes que se le fuera del cuerpo, y aunque no sentía dolores, abundantes lágrimas brotaron de sus ojos. Con un gesto de infinita tristeza murió.

El mundo siguió su marcha. Tres meses después, tan sólo dos mujeres lo recordaban intensamente con los ojos húmedos, una contemplaba su retrato al óleo que pendía en la sala estilo Chippendale; la otra en una de las fincas sacaba a hurtadillas una fotografía encontrada, en la que aparecía él rodeado de sus amigos, todos sonrientes, en sus mejores días. Suspirando adivinaba una próxima maternidad.

